tacular de París es algo verdaderamente patético y conmovedor. Hoy—en difícil convalescencia—, los inminentes y constantes pell-gros denuncio, vagamente, a mis jóvenes compañeros de América. ¡Recuerdo tantas cosas!

-"Ah, dichoso X o Z que se fué a los veinte años a París!"
-exclaman tantos desorbitados.

El artista americano actual es absolutamente otro del artista de la generación que nos precede. Los tiempos han cambiado minuciosamente. Sólo salvados por sirenas, verdaderos milagros, nos impiden rompernos el alma totalmente en el inestable equilibrio de este ambiente, sobre todo a edad tan temprana. Y nosotros no debemos ser otra cosa sino sólo americanos. Recuerdo tantas cosas!

Las posibilidades inmensas de la cultura europea, las interezantes disciplinas cubistas, han tomado en América significación propia, porque han sido digeridas, quedando sólo las esencias en los alambiques indígenas, viniendo así a fortalecer, a cimentar nuestra plástica. El Cubismo no existe en América, y cuánto mejor! Admiro con todo fervor la obra prodigiosa de Picasso, mago de la inquietud; pero entiendo que sería fatal para el arte americano cultivar su milagro. Tenemos grandes fuerzas propias.

Si la pintura europea gira, más o menos distante, en torno a Pablo Picasso, la americana se siente arrebatada por Diego Rivera. De manera global-panorámicamente-podríamos decir como Nietzche sobre los discípulos de Hegel: "Todos los cubistas son unos burros, menos Picasso." Igual en las otras artes. Lo de siempre: el grande comiéndose al chico. En América tenemos varios grandes pintores: Carlos Mérida está entre ellos. Trabajaba ya con éxito, había encaminado de manera admirable sus investigaciones cuando Diego Rivera estaba en su interesante evolución cubista. Muchos de los pintores compañeros de Mérida, y algunos críticos europeos, han tomado tanto interés por su primera época como por su obra última. En Mérida, recordando cronológicamente, no se encuentran influencias de Diego Rivera, maestro suyo, con quien trabajara en los muros de la Secretaría de Educación. El arte trata de lo particular. Donde no hay originalidad no hay arte. Las ideas generales son sus antítesis. ¿Cómo podría interesarnos el rebaño?

Carlos Mérida es la personalidad artística más concreta que tiene hoy Guatemala. Ninguno entre nosotros es dueño de un arte más dominado ni con más sangre nuestra que él. Y la única vida internacional interesante que tienen nuestras pequeñas patrias es la que le proporcionan sus hijos pródigos. Mérida ha logrado multiplicar y depurar su sensibilidad criclia. Obra densa, autóctona, orientada por admirables temperamentos. Sus figuras tienen un ritmo natural de vida como nuestra respiración. Gracia hierática y fuego hondo. El sistema planetario de Mérida está completo. Hay, sin duda, leyes que le rigen y que él no conoce plenamente. El horizonte se abre a cada paso, como la puerta de una catedral. Transposiciones de lirismo sereno, sensibilidad tierna y grande. La natural gracia poética de una canción criolla. Pintura inteligentemente sencilla, sintética: admirables sumas y admirables restas. Hay geometría angélica en la hermandad con que se sostienen sus líneas. Ha palpado los objetos antes de pintarlos: en arte puro, una botella es tan interesante y difícil como la cabeza de una virgen. El arte de Carlos Mérida ha suprimido fronteras a la Patria, dándole una feliz calidad universal.

Hay sensación mórbida, placer sensual, como si se acariciase un seno, cuando se logra dar la poesía de la forma, me han asegurado varios pintores. El instinto espiritualizado, vibrando en el pincel con el calor de todo el cuergo, tiene una pulsación personal, cada hombre ama a su modo. Hay suave y fuerte sensibilidad—sin literatura—en la obra de nuestro pintor. Gracia robusta, ligera, que tiene al par ese vigor pesado, voluminoso, de las carnes de color de tierra de nuestros indios. Así también los paisajes frescos, húmedos, con el olor de la tierra después de la lluvia tropical, con esa tonalidad única del paisaje nuestro lavado a latigazos. Se estremece toda la carne mía, nostálgica, con estos fragmentos de la apoteosis de nuestra tierra y nuestro sol. Sólo así, por fuerte evocación poética, el paisaje reinventado en la tela, recreado, cobra significaciones inefables.

Y toda la obra de Mérida tiene denso su carácter netamente decorativo, americano, una amplia intensión contemporánea. Ha sido toda su vida pintor y sólo pintor, "a pesar del tiempo terco". Y sin esa admirable dedicación, verdaderamente heroica en nuestra Patria, en donde su obra es demasiado pintura, porque no hay nin-

Sonidoíntimo de marzo

Marzo va sonando en niños i frutas; i la estación se deshace en crepúsculos puros.

oyendo ese camino que partió de setiembre, sé que tu ingenuidad llegaba hasta lo blanco i lo lejano sería que un pájaro pasaba por tus ojos de entonces.

por eso aumento mi soledad i busco silencios nuevos, el silencio que nos lleva hasta lo primitivo.

o deshacerme en árboles, en aguas, en piedras, hasta llegar al dolor del hombre que en las ciudades se vá, se vá, en gritos de músculos.

marzo que llega casi hasta las siembras i en charlas de niños i los abecedarios.

ya habrá llegado a la sierra con su ponchito bordado de nubes azules hasta las lluvias crecidas.

animo esta mañana flameando el corazón y vuelvo: alguien pudiera pasar por lo que no sentí. mas, todos los que partieron por mis manos en serpentinas de ausencia llegaron hasta el invierno.

acariciando las lejanías una crucecita de tiempo ha reventado entre mis dedos.

me olvidaba de los juegos que sembré en tierras de otoño i alzando las lluvias.

sin embargo marzo.

acomodo estrellas para todas las albas, para que no vayan a posarse tan lejos los trinos de los gorriones.

JOSE VARALLANOS.

1928.

gún ambiente artístico (ninguno), no habría logrado llevar, sin claudicaciones, su labor, allá inapreciada. Hay que darse cuenta de la fuerza, de la confianza en sí, del amor necesario, de ese magnífico respeto a sí mismo, indispensable en arte, que ha necesitado para realizar su evolución. Porque, a pesar de ser un renacimiento indígena, de plástica maya, de lo más profundo, de lo más medular, de lo más nosotros, su obra, por incomprensión, es extranjera en la tierra que la ha hecho germinar. Felizmente, México, no sólo es la gran esclusa que detiene la corriente imperialista, sino que por la misma fermentación social y la calidad de la raza tenía que ser, de manera imprescindible, la tierra en donde adquiriera firmeza, conciencia de ser, el arte americano.

Se ve en Carlos Mérida una gran agilidad espiritual, maleabilidad, conquista perpetua y una orientación perfecta desde su más temprana edad. Fácilmente se notan las escalas de su ascenso, grandes diferencias de temperatura de año a año. Esa constante desconfianza, inconformidad con todo lo hecho—¡con todo!—, es de las cualidades más nobles en los artistas puros. Ya Walter Pater ununciaba como necesidad, como sistema, verdadera escuela, perfecta disciplina estética, la rebelión perenne contra sí mismo, la eterna inconformidad. Leo en Sainte-Beuve: "Il serait bon pour l'esprit de faire tous les ans une chose nouvelle, et de les traiter comme la terre qu'on ensemence tantot d'une façon tantot d'une autre." ¿Qué hará Mérida en América después de su segundo viaje a Europa?

Mérida llegó a México pocos años después que regresara de su primer viaje a Europa. Se creara aquí su adolescencia necesidades absolutas de libertad en el ambiente—que no ha vuelto—de la gran incubación pictórica animada por Apollinaire: los Fauves y los Cubistas. Anita Brenner, en su escrito "Renacimiento Mexicano", sitúa así su acción de entonces: "Carlos Mérida, que pre-